

cional. Fueron cinco años que devastaron totalmente el país, y de un modo tan sangriento que de los dos millones de habitantes que tenía en su comienzo no quedaron sino 200.000, en su mayoría ancianos, niños e inválidos. Luego vino la Guerra del Chaco, en los años 30. Otra guerra también tremenda en la que Roa —que por aquel entonces tenía 15 años— participó como camillero en los servicios auxiliares. Una guerra desatada por motivos económicos y materiales. Bajo la apariencia de intereses de tipo nacional y político, estaban los intereses de las multinacionales del petróleo, cuya incidencia ha sido bastante lamentable en los anales de la historia latinoamericana. De todo eso habla Roa Bastos en *Hijo de hombre*.

Sin embargo, frente a lo que pudiera pensarse, la escritura de Roa Bastos en *Hijo de hombre* no responde a un realismo exacerbado. Los hechos, incluso los más crueles y brutales, se cuentan con ternura. El lirismo está siempre presente, como lo está la libre utilización de expresiones guaraníes. A través de la alternancia de las lenguas españolas y guaraní, Roa Bastos lleva al terreno práctico de la escritura la fusión de la primitiva cultura indígena —mítica y de múltiples significados— con la actual cultura mestiza paraguaya. Una cultura y una historia que ha padecido el embate de la violencia, como un cráter incendiado por un sol de hierro. Pero eso no ha hecho que Roa Bastos renuncie al viejo sueño de la especie, de un mundo más justo.

(En un nuevo encuentro con Roa, esta vez frente al Atlántico, en mi Canarias natal, en una noche intensamente calma me dijo: «La violencia es un estado monstruoso que es el jugo, el medio histórico en que se ha desarrollado toda nuestra existencia, desde la llegada de Colón hasta nuestros días. Una violencia que se genera por la contradicción y el enfrentamiento de fuerzas de dominación y de fuerzas dominadas. Y no terminará hasta que esa contradicción se resuelva en la historia en una dimensión más humana, más justa, y que abra la posibilidad de riqueza integral, de plenitud para la raza humana. Y lo digo con sentido planetario, no sólo para América Latina. Si analizamos de cerca el mundo que estamos viviendo, creo que el menos exigente encontraría que estamos viviendo una realidad absurda, en un verdadera pesadilla planetaria. Pienso que lo que justifica socialmente la tarea de un escritor, de un artista, de los que trabajan esa superestructura de la sociedad humana a través de sus valores ideológicos, estéticos, sociales... es el intento de encontrar la concepción de una humanidad más justa: el viejo sueño de la especie).

Si con *Hijo de hombre* Roa Bastos confirmaba su grandeza como narrador, en *Yo, el Supremo* fue más allá: creó una de las obras cumbre de la literatura contemporánea. Inspirada en la figura de José Gaspar Rodríguez de Francia, Dictador Perpetuo del Paraguay desde 1814 a 1840, no es una más entre las novelas sobre dictadores. *Yo, el Supremo* es todo un acontecimiento de la escritura que certifica la pasmosa capacidad expresiva de nuestra lengua, fecundada por los ritmos y las construcciones indígenas. Partiendo de la biografía de Rodríguez de Francia y de la realidad histórica, Roa Bastos crea «otra realidad» distinta y autosuficiente. La historia es sólo un punto de partida. *Yo, el Supremo* no es una biografía novelada ni una novela históri-

ca, sino un ejercicio sobre los límites entre la realidad y la ficción. Roa Bastos utiliza símbolos, mitos, documentos, entrelazamientos de varios niveles de significación, juegos con el tiempo y el espacio... mezclado todo ello con una técnica narrativa poderosa y magistral. Roa Bastos, además, lleva a cabo una transgresión en el orden tradicional de concebir el texto novelesco. El autor no es el dueño ni el árbitro definitivo de su texto. En *Yo, el Supremo*, el autor tiene el sentido del amanuense, del que compila fragmentos de la historia que va entretejiendo para trascender el tiempo y el espacio.

Ya se ha dicho, pero recordémoslo una vez más. *Yo, el Supremo* implica una honda reflexión sobre la escritura y el género narrativo, sobre la literatura y su función crítica e incluso corrosiva. El autor deja de ser el creador absoluto. Quien escribe una novela no la genera de la nada. La facultad demiúrgica del novelista, pues, es reducida a «recopilación» y «ordenamiento» de un material básico ya dado: la lengua, los mitos, las creencias, la historia, las vivencias, toda la literatura anterior de un pueblo... El novelista opera sobre estos elementos que nunca le han pertenecido. Son patrimonio colectivo que el escritor aprovecha y enriquece para legarlo nuevamente a sus múltiples e innominados propietarios.

Además de su renovadora y asombrosa propuesta formal y crítica, *Yo, el Supremo* alberga igualmente una meditación profunda sobre el poder absoluto, una reflexión punzante sobre la condición humana. El lector asiste a la elaboración de un grandioso mural de los pueblos de América Latina y del trágico destino del hombre de todas las épocas y latitudes. Nunca antes como en *Yo, el Supremo* Roa Bastos llega tan alto y tan hondo en su búsqueda de la voz colectiva de los pueblos enmudecidos.

Hasta ese convencimiento me había llevado el reto asumido cuando aquel pliego autógrafo se me reveló entre los libros de mi biblioteca. En el camino, además de lo que aquí he anotado descubrí tantas otras facetas del escritor paraguayo: Roa poeta, Roa autor de relatos para niños, Roa dramaturgo, Roa y su poética de las variaciones y recreaciones de una obra siempre viva... En el transcurso de mi indagación sobre su literatura muchas cosas sucedieron y algunas otras dejaron de cumplirse. Como *Los chamanes*, que iba a ser un novela cuyo tema era el tratamiento burlesco, satírico y paródico, de la industria cultural, según me anticipó en una entrevista en 1980, llegando incluso a leerme un fragmento. O como *El Fiscal*, la novela del Paraguay desde el exilio y que acabó en el fuego. Entre lo sucedido, importante fue para mí el conocer y tratar personalmente a Roa Bastos. En Madrid, en Canarias, en Cádiz, en Alcalá de Henares... No hubo decepción. El individuo se correspondía con la imagen que dejaba adivinar su obra. El talante moral y humano del autor, su dimensión cotidiana y prójima, engrandecía y corroboraba lo que por él quedaba escrito. Así pude sentir a Roa próximo y entrañable, mucho más grande cuanto más «en lo junto», por decirlo como Vallejo. Lo entrevisté varias veces: para la radio, para publicaciones literarias... Recuerdo que una de esas entrevistas fue traducida al búlgaro; tal era el interés que suscitaba su obra. Mantuvimos una anárquica e informal correspondencia

cia, aunque siempre intensa. Me alegré con la íntima emoción de quien lo recibe como propio, cuando en 1983 el gobierno le concedió la ciudadanía española y cuando, en 1989, obtuvo el Premio Cervantes de Literatura. No le dije nada, pero siempre supe que él comprendió la jubilosa elocuencia de mi silencio. Hace ya bastantes meses que recibí una última carta suya. Allí, entre otras cosas, me escribía:

Yo siempre estoy en una lucha terrible con la realidad, no sólo la del pasado, sino también la del presente. En la creación artística siempre hay una liberación, una descarga de esas entidades monstruosas, obsesivas, que pueblan el mundo real y onírico de los hombres de la cultura. Ellos son, en cierto modo, los depositarios naturales de las grandes obsesiones colectivas, aunque éstas estén tamizadas, filtradas, a través de la sensibilidad artística. Lo que ocurre es que esas obsesiones viven con uno durante toda la vida y tienen tiempo de ocultarse, de camuflarse de tal manera que casi ni se reconocen. Este tipo de obsesiones no es sino una manera focalizada de sentir el mundo y la vida. A lo largo del tiempo, a lo largo de la vida de un hombre y de una colectividad, forman constelaciones de deseos, de mitos; constelaciones de realidad que no son todavía la realidad y que tratan de expresarse, que tratan de asir su forma a través del lenguaje. Y si el lenguaje es la dimensión por excelencia de lo social, entonces lo que hace un escritor cada vez que escribe un texto es arrojar una botella al mar del tiempo. El escritor es el gran náufrago de la historia que se comunica a través de estos mensajes que, a veces, no llegan a destino.

La carta no tenía dirección de remite. Desde entonces apenas si he vuelto a saber de Roa Bastos. Supe, sí, de su estancia una temporada como profesor en la universidad de Alcalá de Henares, atendiendo el generoso ofrecimiento de su rector. Después, por los medios de comunicación, seguí el episodio de su renuncia cuando —siguiendo el antecedente de Vargas Llosa que resultó elegido máximo mandatario de Perú<sup>1</sup>— numerosos ciudadanos lo propusieron como candidato para la presidencia del Paraguay tras la caída del último «tiranosaurio». Luego: apenas los indicios, noticias aisladas, señales esporádicas, pero que me confirmaban su voluntad de ser ese «oscuro fantasma», solitario y solidario, volcado sobre su obra, empeñado en lanzar mensajes de náufrago al mar del tiempo. Porque lo conozco sé que no nos ha abandonado. Seguramente pronto regresará de algún país de detrás de la lluvia.

<sup>1</sup> Nota del transcriptor. Quien resultó elegido Presidente del Perú fue el candidato Alberto Fujimori. Aquí el autor, evidentemente, se dejó engañar por la fragilidad de la memoria o por los espejismos de la literatura.

**Sabas Martín**



Augusto Roa Bastos  
con indumentaria de  
*El Supremo*, por  
Mario Casartelli